

De la vida
Vulgar

De la vida
Vulgar

Fernando Sánchez Calvo

Primera edición, 2016

© Fernando Sánchez Calvo, 2016

© Triskel Ediciones, 2016

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

978-84-946057-3-4



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5, 3ºB

41009, Sevilla, España

triskelediciones@triskelediciones.es

www.triskelediciones.es

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.

EDITADO EN ESPAÑA

PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Para M. y M.

“...un hombre hecho de sustancia espesa,
un hombre crudo, como esos seres primitivos
que poblaban el mundo antes de que Dios tomara
su peculiar arcilla y creara
a su propia gente”.

El padre, **Sharon Olds**

I

¿Cuándo fue la última vez que papá y mamá hicieron el amor? ¿Quién de los dos decidió que ya no había edad para ello? ¿Cómo sabe una pareja que no va a haber más veces? ¿Quién de los dos advierte o intuye primero? ¿Se sabe justo en el auge del último encuentro, se sabe con tres encuentros de antelación o se supo seis meses después, cuando las manos de papá ya no olían a mamá o viceversa? ¿Cómo se aprende a vivir al lado de alguien cuyos labios sólo vas a besar para cerrarlos, cuyo cuerpo será un edificio más? No es necesario preguntar por qué uno quiere y el otro no puede. Sí es pertinente resolver por qué uno pudo y el otro no quiso. ¿Y qué parte comprende y asume que es mejor sufrir cariño que padecer pasión? ¿Cómo explica esa parte a su cónyuge las grandes ventajas de la abstinencia y el ridículo de las carnes que tropiezan? Pero, sobre todo, ¿quién decide? Suponiendo que fuera mamá quien decidió, ¿qué excusas dio o qué motivo? Suponiendo que fuese papá, ¿hasta qué punto es natural (y no enfermizo) indagar en las causas? Pero, sobre todo, ¿quién decide?, ¿quién hace saber?, ¿quién calla después?, ¿quién deja pasar?, ¿quién rasca y lima su piel hasta hallar sólo neutrones?, ¿quién baña sus huesos en asepsia?, ¿quién esteriliza?, ¿quién muere sin morir y vive sin vivir?, ¿quién comunica que no sin decir que no?

Difícil llegar a algún sitio con este método. Acumular una duda tras otra de poco sirve. Podría reventar tres folios a

interrogaciones y no avanzaría nada. Hay que depurar, hay que prescindir, hay que cortar, Hitchcock lo decía, hay que cortar, las tijeras siempre son la mejor solución, Cortázar lo decía, *take it easy*, hazlo fácil. Y hay que tomar distancias, intentar (Valle-Inclán lo dijo) verlo todo desde arriba, no implicarse. Y (por último) mejor no totalizar, mejor ser progresivo, mejor irse al esquema básico de preguntas-respuestas. Pero, sobre todo, siempre cortar, por favor, siempre selección. Sólo las mejores.

—**Pregunta:** *¿Cuándo fue la última vez que sus padres hicieron el amor?*

—**Respuesta:** *No es seguro, pero creo que de eso hará por lo menos diez años. Por entonces yo rondaría los quince. Era un sábado por la noche. Volvía de casa de un amigo, un poco tarde. Aunque nunca acostumbraba, ese día me había llevado las llaves. Aquel día abrí con llaves aunque yo acostumbraba a llamar al timbre. Ya he dicho que era un poco tarde. No quería molestar, de modo que abrí y entré para oír, oí y abrí para entrar. Estaban en su cuarto. Seguramente lo estaban haciendo en la cama. Un **castellano** siempre hace el amor en la cama. No sé si disfrutaban, los dos gemían como pidiendo perdón por hacerlo. Dos castellanos, cuando lo hacen, gimen como si pidieran perdón por hacerlo. Es nuestra educación castellanocatólica. No es culpa nuestra, la culpa la tienen Santa Teresa y San Juan de la Cruz, o mejor dicho: la culpa la tienen todos los críticos que sólo leyeron a San Juan y a **Santa Teresa en clave espiritual**. Yo me fui directo a la nevera, encendí la luz **y bebí un vaso de agua**. Luego (no había pasado ni un minuto desde que llegué) mi madre bajó corriendo las escaleras, entró en la cocina y me preguntó si había cenado, si no quería una tortilla o un vaso de leche, si me calentaba en el micro un vaso de leche. Mi madre era (y es) muy espiritual. El caso es que esa fue la última vez que, casi con toda certeza,*

papá y mamá hicieron el amor. La penúltima yo tenía ocho años y aún no sabía que Santa Teresa había existido.

—**P:** Hay que ser más breve. Cortar, depurar, selección. ¿Quién de los dos decidió que ya no había edad para ello?

—**R:** Seguro que mamá.

—**P:** ¿Cómo se sabe que no va a haber más veces?

—**R:** Creo que no se sabe y, de saberlo, en esa generación, quien lo sabe es la mujer.

—**P:** Pero de *saberlo*, ¿cuándo se sabe?

—**R:** Creo que, de saberlo, mamá lo supo con tres encuentros de antelación, para ella fue una especie de cuenta atrás. Papa (seguro) sigue esperando que haya más veces.

—**P:** ¿Cómo se vive desde entonces?

—**R:** No lo sé porque tengo veintisiete años y espero follar durante mucho tiempo, pero *supongo* que se vive en una especie de amarga estabilidad, de fuego apagado. Sí, a partir de entonces creo que la vida es como una dolorosa cura, como un cuerpo sin horizontes, como una eutanasia sin ejecutar.

—**P:** ¿Por qué uno pudo y el otro no quiso?

—**R:** No sé. El hombre siempre quiere y la mujer llega un momento en que no. *Supongo que hay mucho de dignidad en esa negativa, de dejarlo en el momento de mayor esplendor o de menor bochorno.*

—**P:** ¿Cómo explica una mujer a su cónyuge las grandes ventajas de la abstinencia y el ridículo de las carnes que tropiezan?

—**R:** No se puede explicar porque a partir de ese día papá y mamá hablaron lenguajes diferentes. Ya antes hablaban idiomas diferentes, pero desde entonces ni siquiera comparten el lenguaje.

—**P:** ¿Quién decide?

—**R:** Es volver a lo mismo y está feo decir que decidió mamá. Es mejor decir que se dio cuenta de algunas cosas mucho antes que mi padre.

Lo ha puesto todo perdido. Pide perdón. Yo le digo que no pasa nada pero él insiste en justificarse. Vomita. Pide de nuevo perdón. Menos mal que en esta he sido prudente y he apartado el cuaderno. Antes de que vuelva a repetirse, ya tiene la palangana debajo de su barbilla. Vomita un par de veces más, la segunda con más bilis que otro elemento. En otra etapa de mi vida seguramente hubiera envidiado esa facilidad para expulsar peso, masa, sin necesidad de forzar con los dedos. Consigo que se incorpore un poco y sostenga él mismo el recipiente mientras me levanto a por un par de clínex y pulso el botón de aviso.

—Te he manchado los papeles.

—Da igual, papá. Luego los tenía que pasar a ordenador.

El enfermero no viene. Le retiro la palangana, limpio sus comisuras y después seco su frente. Le recuerdo, tal y como nos han aconsejado, que por mucha fatiga que sienta no se tumbe del todo aún, que espere un momento así. Pulso una, dos, tres, el botón de aviso. Aparece una enfermera que no nos corresponde, me pregunta qué sucede, le digo que papá ha vuelto a vomitar, papá pide perdón a la enfermera, yo le insinúo que no estaría de más cambiar las sábanas, ella nos pide unos minutos, que pronto llegará el chico que nos atiende y que si no, llamemos de nuevo, que entonces ella misma vendrá a cambiarlas. Papá se justifica, es que se me ha escapado, dice papá. La enfermera sonrío y abandona la habitación. Papá pide de nuevo perdón sin darse cuenta de que la chica ya se ha ido. Le quiero reiterar que no se preocupe, que para eso ha estado pagando toda su vida, para que en estos casos no se tenga que preocupar lo más mínimo, esta gente está acostumbrada a quitar vómitos, papá, esta gente está acostumbrada a que la gente se cague encima, a esta gente, por

culpa de la costumbre, le resbala que os caguéis, que vomitéis, que lloréis, que gritéis, que los insultéis, que mentéis a sus madres en las posiciones menos decentes, papá, no te preocupes, esta gente está acostumbrada a la gente. No obstante, simplemente le digo que no se preocupe. Cojo otro pañuelo de papel y lo restriego contra el suelo antes de que el vómito solidifique. Más o menos, ya está limpio.

—Te he manchado los papeles que estabas escribiendo.

—Los escribo otra vez, no te preocupes.

—Anda que si te regaña el director...

—No son para el instituto, papá.

Llega el enfermero que nos corresponde. Mario se llama, creo. Se excusa por el retraso mientras solicita mi ayuda para poder trasladar a papá al sillón y así cambiar las sábanas. Es muy amable, como casi todo el personal. Papá ha empapado hasta la bajera. Sentado en la butaca observa con perspectiva la cama. Hasta en la almohada ha filtrado el líquido que le dieron de beber para la endoscopia. Papá pide de nuevo perdón, estaba tan dormido y de repente como que se me ha venido a la boca todo y lo he tenido que echar. No se preocupe, Ismael, dice el enfermero. Que no te preocupes, papá, te han dicho. Enseguida llegan un par de chicas con almohada y sábanas limpias. Son eficientes. En menos de dos minutos han dejado la cama como si nada hubiera pasado. Como me parece cursi agradecer la eficacia pregunto si va a poder comer algo pronto. Claro que no, y ya me lo habían dicho, pero había que preguntar porque si no yo me moría de vergüenza, suelo morirme de vergüenza en los momentos más trágicos y tristes de la vida si callo. Mario me recomienda que papá intente dormir un poco, que es muy posible

que esta tarde le traigan un compañero de habitación y, ya se sabe, la gente acude en masa a ver a los enfermos cuando son nuevos. Y luego se van a ver a otro enfermo que sea más nuevo, supongo. No ha tenido gracia pero ya he recalcado varias veces que Mario es majo, es amable, de modo que obvia mi comentario y, echando un vistazo al cuaderno, me pregunta si soy escritor. Digo que no, que soy profesor pero que me gusta mucho contar historias aunque nunca he intentado publicar y, como se suele decir, que sólo escribo para mí. Me hace saber que él tiene un primo que también escribe, que a lo mejor lo conozco. Le pido el nombre. Lo da. No lo conozco. Antes de despedirse retornamos a papá a la cama entre los dos. En cinco minutos cae dormido. Aprovecho para volver al cuaderno otro rato antes de que venga mamá. No sé cuáles serán los componentes del líquido que les hacen beber, pero huele y reluce de manera espeluznantemente neutra. Para dos hojas que son, merece la pena arrancarlas y volver a empezar.

Volver a empezar.

Soy una persona con muchas virtudes y una de ellas es la cobardía. Soy una persona con muchas virtudes y otra de ellas es la indolencia, la curiosa capacidad para mantenerme al margen incluso de los momentos más duros que se le suponen a la vida de un hombre. Soy, si se mira bien, un gran hijo de puta que domina cualquier aspecto desde la distancia, que nunca se involucra y aun así parece inquieto, que sabe lo que hay que decir a la gente para que se derrumbe e inmediatamente después solicite el consuelo de tus brazos. Desde mi atalaya domino todo. Soy deliciosamente aséptico, neutro, parcial pero indefinido. Desde bien pequeño conseguí reducir a leves muecas el

resentimiento, la envidia y, desde luego, el amor. Ni acusé la primera reprimenda, ni sufrí cuando mamá y la abuela dejaron de hablar ni lamentaré nunca el distanciamiento progresivo con los tíos. Tampoco sentí gran cosa cuando mi primer intento de novia dijo hasta aquí, cuando mi único amigo tuvo que marchar a otro municipio. Es triste (despreciable, si se quiere) dominar los lacrimales a tan pronta edad, pero qué le voy a hacer si soy el más virtuoso en esta disciplina, si hará mil años que no lloro, si (aunque parezca increíble) estoy empezando a narrar la muerte de papá antes de que este fallezca. Qué le voy a hacer yo si papá aún duerme en este hospital pero en mi cuaderno ya está muerto.

Demasiado frío. Narro, redacto, escribo bien, pero no convengo. Ni siquiera a mí mismo. Me lo dijo el otro día el profesor en el taller. Como Gabriel Miró, tengo todas las papeletas para llegar a ser un gran forjador de estilo pero nunca un escritor. Me lo dijo el otro día Yolanda. No se trata de sorprender, de romper los moldes, de cambiar el paradigma: se trata de encontrar belleza en lo cotidiano y, si se puede, en lo vulgar. ¿Pero cómo encontrar belleza en estas circunstancias? ¿Cómo dignificas un hospital del sur, un recién jubilado que está vomitando su tumor por cuarta, quinta vez? Y, sobre todo, ¿cómo dignifico mi vida a través de ello y de la literatura?

Volver a empezar.

—**Pregunta:** ¿Nombre del difunto?

—**Respuesta:** Ismael Martín.

—**P:** ¿Causa del fallecimiento?

—**R:** *Cáncer, entre otras.*

—**P:** *¿Antecedentes?*

—**R:** *Su padre, su hermano y, posiblemente, sus hijos.*

—**P:** *Entonces, ¿algún hijo de Ismael murió antes que él?*

—**R:** *No. Solamente digo que posiblemente muramos de cáncer también.*

—**P:** *Entonces no sois antecedentes. ¿Edad?*

—**R:** *No lo sé a ciencia cierta. Para mí mi padre siempre ha tenido cincuenta y cinco años, que es la edad que tenía cuando yo cumplí quince.*

—**P:** *¿Van a enterrarlo aquí, en Madrid?*

—**R:** *No. En su pueblo.*

—**P:** *¿El pueblo pertenece entonces a otra comunidad autónoma?*

—**R:** *Sí. Venimos de la tierra de San Juan. Y de Santa Teresa.*

—**P:** *¿Y son ustedes más de San Juan o más de Santa Teresa?*

—**R:** *La duda ofende. Más de San Juan. El único mérito de Santa Teresa fue autoflagelarse para poder tener visiones.*

—**P:** *¿Y San Juan?*

—**R:** *San Juan escribía muy bien.*

—**P:** *¿Tenía el difunto seguro de decesos o quieren contratar los servicios aquí?*

—**R:** *Tenía uno pero siempre se lo reprochó a mi madre. Para papá contratar ese seguro fue como morir dos veces.*

—**P:** *Tenía seguro de decesos, entonces.*

No suena a verdad. No es creíble. Sólo suena a literatura y la literatura no puede sonar a sí misma. Me lo dijo el profesor en el taller. Dentro de algunos días papá habrá muerto y seguramente serás tú quien responda delante de cualquier empleado funerario a esas preguntas, pero de momento no es tu experiencia. Hay que

contar la verdad de lo que se sabe y tú, de la muerte, de momento no sabes nada, y tú, de la vida, apenas manejas tres datos, y tú, para trámites de mayores en los anexos de un hospital del sur, todavía no estás preparado, y tú, mamá, qué haces aquí, por qué no te has quedado en casa descansando un rato, por qué estás ya aquí, en la habitación, mamá.

—Como he puesto la lavadora y he hecho las camas

—Ya las hice yo esta mañana

—así tú te vas, si quieres, o preparas eso del instituto

—que no es para el instituto

—y ya me estoy yo aquí, mejor, y luego ya viene Rosa, y tú preparas lo del instituto.

Pregunta si ha vomitado. Contesto que sí pero no, que muchas veces pero de poco a poco, que mucho mejor esta tarde y que lleva media hora dormido. Como aurículas las puertas de la habitación se abren y aparece veloz Mario empujando una cama. Le siguen dos mujeres y un hombre. Mi madre dice buenas tardes pero nadie devuelve el saludo. Mario resuelve en breve los problemas con un par de enchufes y explica el funcionamiento y las ventajas de comprar una Tarjeta TV 24 horas en el caso de permanecer más de dos días en el centro. Es el caso del recién llegado. Mario se dispone a abandonar la habitación con la promesa de volver con las bolsitas de suero y oxígeno. Después sonrío a mamá y juega a regañarla por haber vuelto tan pronto. A solas con los nuevos compañeros, mamá informa: Mario es majísimo, y la otra chica también, y nosotros llevamos ya veinte días en el hospital. Una de las mujeres nos mira, la otra corre la cortina y divide la habitación en dos mundos. La inferencia es clara: típicas ofendidas que creen que su marido, su hermano,

está mucho peor que el resto de pacientes, típicas frustradas a las que, al entrar en la habitación, sólo les ha faltado preguntar por qué tienen que compartir espacio. Mamá saca una revista de su bolso y comienza a pasar páginas. Sólo le gusta ver y pasar las fotos. No leo mal para no haber ido a la escuela, explica en voz alta para que su voz salte la cortina y llegue al otro mundo, pero me da pereza, con las imágenes ya me entiendo yo. Para, mamá, no les interesamos, pienso. Al otro lado del telón, las dos mujeres protestan con sordina, solicitan la intervención del hombre pero el hombre no sabe cómo intervenir. Hablan de nosotros sin hablar de nosotros. Yo farfullo una vulgaridad en voz alta. Mamá mira a papá y me pide, por favor, que no sea tan así, que no gaste ese genio, que escriba. Escribo. *Sin lugar a dudas, mi madre es mucho mejor persona que yo. No ha estudiado y es más educada, aunque ha sufrido lo inenarrable su alma es limpia. He heredado su frente, sus canas, sus labios: desde luego no su corazón. Muchas veces pienso que alguno de estos días debería pedirle disculpas por no haber aprovechado materia prima de tan buena calidad, por no haber mejorado (como sería lógico) la especie, por atreverme (sin su permiso, en su ignorancia) a novelar su historia, la de mi padre, sólo porque los considero material novelable. Debería pedirles perdón por muchas cosas.*

—Venga, vete ya a casa.

—¿Y qué hago yo allí?

—Escribes, o estás con tu hermana, o miras a ver si ya ha llegado tu prima Esther.

—¿Esther? ¿Ha venido Esther?

—Corre, vete, y estás con ellas.

—Me voy. Y estoy con ellas.

—Corre.

De camino a casa regresan también las dudas. ¿En qué día de la semana morirá finalmente mi padre? ¿Cómo reaccionará mamá? ¿Conseguiré yo alguna vez tener una relación tan plena y variable como la suya? ¿Por qué no lloro desde hace años? ¿Quién me ha vaciado de emociones? ¿Por qué oposité y gané si yo lo que quería era escribir? ¿Y qué comienzo le doy a esta historia sin principio? ¿Y cómo he llegado a ser lo que soy? Pero, sobre todo, ¿qué hace Esther en Madrid? Y, por encima de todas las cosas, ¿cuándo fue la última vez que papá y mamá hicieron el amor?

